

Don Juan José Cano. Hecho ésto, volví al punto elevado del camino, en donde había quedado mi caballería. Esperé á que amaneciera, y cuando hubo luz, emprendí la marcha con ella, haciéndome visible sobre el relieve del terreno. Entonces ví perfectamente que bajó un hombre corriendo de la colina, sin duda á dar aviso á Visoso. Creí que éste saldría á mi encuentro; pero no sucedió tal, y tuve que llegar hasta la plaza á tirotearle para que saliera á perseguirme, pues hice oportunamente una falsa retirada.

“Como los del cerro habían podido ver y hasta contar la fuerza de caballería que yo traía que apenas llegaría á cien hombres, Visoso se animó y salió briosamente tras de mí. Cuando hubo rebasado el carrizal, le rompieron los fuegos el Capitán Carbó y el Teniente Coronel Cano, cortándole el primero el camino y batiéndole el otro por un costado, en los momentos en que yo, con la caballería, volvía caras y le cargaba rudamente por la llanura de su izquierda adonde corría su gente en desorden, al sentir los fuegos á que ma ropa que salían del carrizal.

“Fué completamente derrotado Visoso, y huyó con sólo unos veinte ó treinta jinetes, dejando 81 muertos, entre los cuales había tres oficiales y prisionera á casi toda su infantería, que me sirvió para formar, con el piquete de cabos y sargentos oaxaqueños que había encontrado en “La Providencia,” el batallón “Fieles de Oaxaca,” cuyo mando tomó desde luego el Capitán Don José Guillermo Carbó, á quien ascendí á Mayor, por sus servicios y con ese especial objeto.”

## CAPITULO XXIX.

Mejores días para la causa liberal.

Después de la derrota de Visoso, el General Díaz continuó acosando con toda actividad á las guarniciones imperiales de la vecindad de Tlapa, y en lo general, en todo el país situado á lo largo de la línea limítrofe entre los Estados de Puebla y de Guerrero. Varias veces extendió el campo de sus excursiones, para levantar á los indios contra los imperialistas, y siempre con gran éxito. Invariablemente, cuando tenía lugar algún encuentro entre sus fuerzas y las del enemigo, la suerte le era favorable. Con lo cual, la reputación de Díaz y de los soldados que guerrearban bajo su mando, se extendió por todas partes de los Estados de Guerrero, Puebla y Oaxaca, hasta que su nombre vino á ser el más temido y odiado en la corte de Maximiliano, que había comenzado ya á sentir los rigores é inconveniencias, la humillación y el desagrado de una situación que cada día era más difícil de sostener.

Ya los Estados del norte de la Unión Americana habían asegurado la victoria en la guerra civil que había amenazado dividir en dos la República del Norte, y la administración de Washington había reconocido al gobierno de Juárez y puesto á Napoleón III en situación tal, que encontró más ventajoso el abandonar á Maximiliano á su suerte.

Para empeorar más aún la causa del imperio, los jefes liberales habían comenzado á presentarse en campaña por todo México, con partidas bien organizadas y disciplinadas, y victoria tras victoria era ganada á las fuerzas del imperio. Estas victorias, aunque de poca importancia en lo que se refiere al número de gente comprometida en cada combate, servían para levantar el espíritu de los liberales, y sobre todo, para proveerlos de armas y municiones de gue-

rra; todo lo cual obtenían de los imperialistas derrotados.

La circunstancia de que los Estados Unidos habían reconocido al gobierno de Juárez, y habían prácticamente suspendido relaciones con Francia en todo lo referente á la cuestión mexicana, contribuyó también á alentar á los liberales, y como es natural, á deprimir correlativamente á los imperialistas.

Día tras día se sucedían las deserciones, ya de individuos, de compañías y hasta de cuerpos enteros de la causa imperial; y esto pasaba en casi todos los Estados de la Unión donde el imperio mantenía aún alguna autoridad. Entre los que se pasaron á las filas liberales, estaba el infatigable jefe de guerrillas Visoso, quien en dos ocasiones había sido derrotado por el General Díaz; no obstante lo cual, fué á él á quien eligió para rendir voluntariamente su mando, á mediados del año de 1866. Al desertar de la causa imperialista se llevó consigo 200 hombres bien armados y disciplinados, todos los cuales eran mexicanos. Con el tiempo, fué Visoso uno de los oficiales más distinguidos y de más confianza del General Díaz y prestó excelentes servicios á la causa liberal.

En todas las excursiones que llevó á cabo el General Díaz contra los lugares guarnecidos por tropas imperialistas en el Estado de Guerrero, logró proveerse de gran cantidad de rifles y de toda clase de material de guerra.

Ortega se vió obligado á retirarse apresuradamente de Jamiltepec, ante las fuerzas liberales; y en ese pueblo encontró el General Díaz, cuando regresó, 400 rifles Enfield de la marca más moderna; rifles que estaban empacados todavía, pues no habían sido aún usados; y logró reunir también 100 rifles más entre los indios que encontró ahí que habían servido al imperio. Este armamento era tan bueno como el mejor que entonces se pudiera usar en México. De este modo le fué posible al General Díaz devolver al General Álvarez los mosquetes viejos que este último le había prestado poco tiempo antes.



UN PROBLEMA DE MÉXICO

Por todos lados acudían los indios á su llamado y podía haber reunido un ejército respetable, sino hubiera sido por la desgraciada circunstancia de no tener suficientes fondos para mantener un cuerpo grande de tropas. Todas estas dificultades se las participó, en la correspondencia que con él tenía, á Matías Romero, ministro mexicano del gobierno de Juárez en Washington.

Debe decirse, como merecida alabanza á Matías Romero, que trabajó con la mayor constancia y dedicación por la causa liberal, y logró en varias ocasiones hacer llegar á México provisiones de armas, ropa y otros artículos indispensables para proseguir la guerra. Debemos recordar, que debido á su mediación, se mandaron á México las armas que Juárez ordenó después fueran destruidas, por temor de que cayeran en poder de los conservadores, y que Porfirio Díaz, desobedeciendo esas órdenes, las salvó para beneficio de la causa liberal.

México debió mucho en esos días, no cabe la menor duda, á Matías Romero.

En el período álgido de esta terrible lucha por supremacía entre el imperio y el partido liberal, dos atentados criminales se hicieron contra la vida del General Díaz. Los detalles de dichos atentados los transcribimos valiéndonos de las mismas palabras del General Díaz. Dice así:

“El General Trujeque, que se encontraba al servicio del enemigo en el rancho de Tacache, me mandó en comisión al Capitán Don Enrique Travesí, que era ayudante suyo, y hermano de Don Manuel Travesí, mi secretario particular, ofreciéndome ponerse al servicio del gobierno con toda su fuerza. Me daba, como garantía, la vida de Don Enrique Travesí, que quedaría en rehenes con los míos, mientras yo pasaba á tener una conferencia con él en el rancho de Tacache, adonde me citaba.

“Como la situación empezaba á declinar para los imperialistas, y yo conocía el carácter de Trujeque, no me pareció inverosímil su cambio, y salí para Ta-

cache, acompañado de un ayudante. Al salir de Xochihuehuetlán, donde me hallaba, quedaron muy alarmados todos mis subordinados de que emprendiera solo esa marcha sin escolta que me diera seguridad, y convinieron en que me seguiría á cierta distancia, para que yo no me percibiera de ello, el Teniente Coronel Don Marcos Bravo, con 100 caballos de lo mejor que teníamos. Pasé la avanzada de Trujeque sin novedad. Dicha avanzada era un puesto nada más de vigilancia, formado por cinco hombres desmontados.

“Al llegar al rancho de Tacache, y en los momentos de bajar del caballo á la puerta del jacal donde estaba alojado Trujeque, hicieron fuego, de otro que había al lado opuesto de la pequeña plaza, sobre mí y mi ayudante, hiriendo ligeramente el caballo de éste.

“Salimos á todo escape por donde habíamos entrado, forzando la avanzada y seguidos, á corta distancia, por gente de á caballo.

“Cuando mi ayudante y yo corríamos de éste modo por las colinas, ví fuerza de caballería que, al parecer, salía á cortarnos la retirada. A poco reconocí que esa fuerza pertenecía á los míos, y entonces me incorporé á ella, y retrocedió la de Trujeque.

“Acto continuo me escribió el citado Trujeque, explicándome que todo lo que había pasado fué porque me reconoció algún oficial de los que no estaban de acuerdo con él, y yo quedé en duda de la verdad de lo ocurrido, porque pensé que si hubiera habido algún plan preconcebido, bastaba que me hubieran dejado echar pie á tierra para que hubieran sido dueños de mí y del ayudante que me acompañaba.”

Pero si el General Díaz tenía alguna duda acerca de las intenciones de Trujeque, el carácter del hombre y los acontecimientos que siguieron, deben de haberlo convencido de que dicho individuo tramó de liberadamente el vil atentado contra su vida, en pro del interés de la causa imperialista. No cabe duda que su plan era asesinar al General Díaz, y después culpar de tan sucio crimen, á las personas que se podía suponer no estaban en el secreto del convenio que ha-

bía sido hecho entre el mismo general y el comandante de las fuerzas conservadoras. Si semejante plan se hubiera llevado á debido término, tenía mucha seguridad Trujeque que el gobierno imperial no le pediría cuentas acerca de los medios que había empleado para conseguir su objeto. No debe olvidarse tampoco que Trujeque había sufrido varias derrotas de manos del General Díaz; cosa que había retardado su promoción, y lo había puesto, hasta cierto punto, en mal predicado con las autoridades del imperio. Además, era Trujeque hombre muy vengativo, y de aquellos que no vacilan en rebajarse hasta el grado de usar medios viles con tal de conseguir el fin que se proponen.

Algún tiempo después, el General Díaz, que aparentemente se dió por satisfecho con la explicación que le dió Trujeque acerca del ataque que se le había hecho, ataque que estuvo á punto de costar á la causa liberal su más hábil jefe, entró en negociaciones con dicho comandante, procurando inducirlo á que se pasara con toda su caballería á las filas liberales; pues como hemos visto, dicho jefe había ya manifestado antes deseos de desertar de las filas imperialistas.

Trujeque avanzó acompañado de su caballería á encontrar al comandante liberal fuera de los muros de la ciudad de Huajuápam, según se había convenido; pero en esta ocasión el General Díaz, teniendo ya muchísima razón para desconfiar del hombre con quien trataba, avanzó con la mayor cautela y procurando evitar cualquier sorpresa; precauciones que estuvieron muy justificadas; pues tan luego como Trujeque hubo avanzado al lugar fijado para la entrevista á distancia de tiro, rompió nutrido fuego sobre las fuerzas liberales que con tanta lealtad habían llegado á la cita convenida. Estos últimos, ya prevenidos contra la mala fe del enemigo, no sólo resistieron el ataque, sino que lograron rechazar á los imperialistas y los persiguieron hasta obligarlos á internarse en la población, donde lograron ponerse en seguridad, habiendo tenido para conseguirlo que

hacer fuego contra los liberales que los perseguían hasta desde los techos de las casas.

Entre tanto, Félix Díaz había llegado al Estado de Oaxaca y había dado tan buena cuenta de sí mismo, que dejó sembrado el terror por toda la vecindad del Estado. Habiéndose encontrado en esa localidad con tanto éxito, decidió reunirse con su hermano Porfirio, considerando, y con razón, que sus fuerzas unidas lograrían mayores éxitos que trabajando separadamente. El General Díaz nos relata las circunstancias de este encuentro, cuyos detalles no dejan de tener algo de romántico, así:

“La noche del 14 de Septiembre de 1866, visitando el General Díaz sus avanzados en el camino de Tlaxiaco á Chacaltongo, se sorprendió al oír el ruido de las pisadas de un caballo; y en el acto, dos personas en conversación, se acercaban por el mismo camino.

“Permanecí quieto hasta que tuve dos bultos á la vista, y entonces me adelanté con mi clarín á sorprenderles, resultando que eran un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español llamado D. Eugenio Durán, á quien yo no conocía; y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quién era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito, que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que, aprovechando él el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca, con la salida de Oronoz á perseguirme, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios, hasta la Plaza del mercado, poniendo en gran alarma á toda la ciudad y obligando á la pequeña guarnición que allí había, á meterse detrás de trincheras, lo mismo á la policía.

“Agregaba Durán, que con motivo de las hostilidades de mi hermano, que seguramente había llegado á noticia del enemigo que ocupaba á Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y que era



TIERRA CALIENTE DEL ESTADO DE OAXACA.

probable que, en los momentos que hablaba conmigo, estaría saliendo del lugar.

“Con esta noticia, ya no me cuidé más de los caminos por las avanzadas abandonados. Subí violentamente al cuartel general, en compañía de Durán; antes de llegar, mandé tocar diana, y en seguida, llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento, con toda prontitud, los jefes y oficiales. Les leí los papeles que acababa de recibir, les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos y mandé dar el primer toque de marcha.

“Ocupé á Tlaxiaco entre diez y once de la mañana, cuando el enemigo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes, y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde alcanzamos algunos soldados cansados y la escolta de un oficial enfermo, á quien conducían en camilla.

“El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mi fuerza; y con ella ya moralizada, emprendía mi marcha hasta pasar por cerca de Yanhuitlán, donde había un destacamento de 200 húngaros atrincherados.

“Oronóz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán, y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andallas, en donde encontré á mi hermano, que, haciendo un rodeo, venía procedente de las inmediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporárseme con la fuerza que había organizado.

“Oronóz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca; y yo, engrosadas mis filas con la fuerza de mi hermano, pernocté en Tecomatlán, pueblo que distará unos ocho ó diez kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur y al pié de la montaña.

“En la noche, supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán habían hecho una excursión á Nochistlán, en número de cien caballos. Calculando que allí podría encontrarles, me dirigí con caballería á aquel lugar, violentamente, antes de amanecer, dejando la infantería en Tecomatlán, á las órdenes del Coronel

D. Manuel González. Me acompañó mi hermano, quien entre sus soldados traía un pequeño piquete de caballería. Llegamos á Nochistlán á los albores de la mañana, y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas y habían vuelto á tomar el camino de Yanhuitlán.

“Apenas habíamos avanzado algunos pasos para dicho lugar, cuando vimos formado, en una loma, un escudrón de húngaros, sobre el que cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal y el General D. Vicente Ramos la otra.

“Chocamos con tal escuadrón dos veces, y al fin, en formación táctica, emprendió una retirada ejecutada tan hábilmente que le permitió llegar á Yanhuitlán, sin sufrir grandes pérdidas.

“Dejaron los húngaros en el campo de combate, muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros; entre los últimos, el jefe de escuadrón, Conde de Gant.”